

EPÍSTOLAS

EPÍSTOLA

À CALIXTO OYUELA

Tienes razón, Calixto, cuando dices
Que se hallan hoy las letras invadidas
Por bárbaros autores, cuyos libros,
Sin savia y sin calor, parecen sólo
Del sentido común insulto y befa.
Tienes razón. La audacia triunfadora,
En lugar del talento, se entroniza
En el arte, y la turba sin conciencia,
Al oír pregonar á torpes críticos
El valor de sus obras, las confunde

Con aquellas que suelen todavía
De tanto desatino consolarnos.
Pero, ¿qué hacer? El siglo de las luces
Nos alumbró, y sabemos que hay entera
Libertad de escribir; que en lo pasado
La ignorancia reinó cual densa noche;
Que Homero, Esquilo, Sófocles y Eurípides
Nada son en la historia, comparados
Con Dumas y Sardou!... Golpea el suelo,
Y brotarán legiones de *geniales*
É inspirados artistas, cuya humilde,
Pero noble misión, según sus prólogos,
Á transformar el mundo se reduce.
¿Deseas conocerlos? Ven y mira.
¿Ves? Es este el autor que en burda prosa
De la pobre gramática se ríe,
Porque, estudiante inhábil, nunca pudo
Sus reglas aprender. Escribe ahora,
Sin cuidar de Herosillas, con sintaxis
Del uso propio y en lenguaje nuevo,
Terribles cuadros naturales. ¡Cómo
Le admiran sus amigos! ¡Cuánta frase

Sobre su ingenio independiente, ocupa
Los diarios noticiosos ! En las páginas
Que brotan de su pluma, no aparece
La servil corrección que el ignorante
Horacio aconsejaba, y como espejos
De la desnuda realidad, *vivida*,
Toda la humana estupidez reflejan.
Aquel otro es un sabio que conoce
Cuanto de ciencias y artes hay escrito,
Lo cual no debe sorprenderte, puesto
Que compró, para ser sesudo y docto,
El diccionario de Larousse. Y de éste
¿ Qué supones ? Le dicen *el poeta*,
Porque, tratando de imitar á Hugo,
Estrofas incoloras dió á la estampa,
Y la razón esclavizó á la rima.
¡ Qué estupendas metáforas las tuyas !
¡ Qué audacia colosal ! ¡ Qué pensamientos !
Es tan profundo todo lo que escribe,
Que ni él acaso penetró en su fondo.
Ese otro, que allí está, por dos parodias
De comedia ó sainete, *ejecutadas*,

Como dice, en teatros de suburbio,
Padre del arte nacional se estima ;
Y aquél... pero no sigo... Los autores
En nuestro suelo brotan con la triste .
Fecundidad de la cicuta. Apenas
Si hay alguien entre cuantos aprendieron
A formar caracteres mal trazados,
Que no se lance en busca de la gloria,
Y sosteniendo que la prensa es libre,
De perseguirla con escritos deje.
Y ¿ por qué, te dirás, ese desco
De producir, si en nada beneficia
Al heroico escritor, que á cada instante,
Irrisión de los hombres positivos,
Batallas de Quijote con el público
Indiferente libra? Más, ¿ no sabes
Que ese público mismo da patente
De grandes escritores á la turba
De oscuros charlatanes, y confunde
Malos y buenos en un solo molde ?
¿ Que todo aquel que impresos deletrea
Tiene opiniones propias, juzga y falla,

Y discute en los diarios, y te dice
Que es pobre nuestra lengua, cuando ignora
Sus más comunes y sencillas leyes ?
¡ Ah ! si el feliz amigo de Mecenas
Viviera en esta edad, ¡ con qué ironía,
De tanto personaje desabrido
Se burlara en sus versos, ondas puras
Donde el ático gusto resplandece
Como la luz en las serenas cumbres !
Vasto campo su sátira hallaría
Entre nosotros, y tal vez, vencidos
Por las flechas agudas de su ingenio,
Los pedantes de la época presente
Nos dejarían reposar en calma.
Mas Horacio no existe. Sin escrúpulos
Se puede repetir en verso y prosa
Cuanta sandez ocurra, y los amigos
Aplaudirán, y los parientes, locos
De orgullo y de placer, verán impreso
El nombre del autor en grandes letras.
Nosotros ; oh Calixto ! que aún amamos
La antigua sencillez, la arquitectura

Del Partenón, y las triunfantes Venus,
Á las obras sin par del gran latino
Acudiremos, como á limpia fuente,
Para calmar la sed que nos consume,
Mientras en torno, tempestad de estío,
La fácil gloria de los necios pasa.

DOMINGO D. MARTINTO

Octubre de 1890

EPÍSTOLA

Á DOMINGO D. MARTINTO

Sobre el enjambre de escritores vacuos,
Rebeldes al saber, sin dón ni gusto,
En audacia opulentos, que apellidan
Á pedestre desmán, á torpe orgia,
Genial inspiración, potente vuelo,
(Tan venerables nombres profanando).
Y orgullo son de esta ciudad indocta,
Tu ira generosa se derrama,
Domingo amigo, y con fecundo estrago
En bravío raudal hirviente rueda.

¡ Tanto pueden los necios, que tu lira,
Dulce eco del amor, siempre adornada
Con frescas rosas de embriagante aroma,
Despide ya saetas encendidas !
Tú, descendiente de Musset y Horacio,
Que aquí su amable espíritu renuevas,
Libre, sincero, ameno, voluptuoso,
Te irgues á azotar con mano dura
(¡ Al fin eres artista !) á los que en fuerza
De romper *moldes* con risible encono,
Nombre dan de obra de arte á informe masa.
Tu epístola vibrante cruje, estalla,
Culebrea en los aires, y do cruza
Su retorcido verso, brota sangre.
Mas ellos seguirán rimando en vano,
Novelas escribiendo *irresponsables*,
Y quedará la crítica en *mantillas* :
Que el vulgar escritor, artista falso,
No cesará jamás de hacer borrones
Mientras tinta y papel fabrique el mundo,
Y átomo de aire en el pulmón le quede.
¿ Qué remedio ? Es la ley. Por todas partes

Esa turba pulula, y culpa es nuestra
Si nuestra estupidez le brinda un trono.
Bien hace, empero, al alma atribulada
Tu protesta viril, *conste* elocuente
Á edad más venturosa, que no todos
Bárbaros fuimos, por desdicha nuestra.
¡ Desdicha, sí, y profunda, cuando triunfan
La inepticia, la estulticia, y dictan leyes,
En la mente llevar, cual diosa,alzada
La riente visión de la hermosura !
¡ Y recuerdas á Horacio ! ¡ El arte mismo !
¡ El gusto en esplendor ! ¡ Luciente prisma,
En donde la belleza, enamorada,
Quiebra el raudal de su opulenta lumbre
Y en iris elegante la despliega !
Natural es : tu espíritu ofendido,
Huyendo el bajo erial, do el cardo crece,
Vuela á las cumbres, donde el hombre casi
Del mundo se desprende, y feliz mira
Diáfano el cielo cual cristal inmenso.
Empero, á los que impúdicos profanan,
Ó inconscientes tal vez, el Arte augusto,

Harta atención concedes, al lanzarles,
Sólo al pasar, tu dardo justiciero.
Cumplido ese deber, limpios del polvo
Del combate mental, al templo vamos
Donde los himnos inmortales claman
De la santa hermosura. Nuestra ofrenda
Será modesta, es cierto ; pero baste
A sustentar el generoso orgullo
El saber dónde se alza el templo magno.
Allí el alto pensar, allí el sereno
Resplandor de la imagen, la armoniosa
Pura amplitud de la imperante forma,
Do la fuerza y la gracia se entrelazan,
De cuya limpia desnudez trasciende
La interna luz que el pensamiento crea ;
Allí el mágico són, la melodía,
Que suspende el sentido, y vibradora
Por las inmensas naves se derrama ;
Allí la gloria, en fin... ; Deja que afuera
El sublime rumor nieguen los sordos !

CALIXTO OYUELA

Octubre de 1890

